

EL CAZADOR SALVAJE (Cuento de otoño)

4º

Hace muchos siglos, el Mar de IJssel aún era un mar abierto y se llamaba Mar de Zuider. En esa época, la tierra que se extendía desde la costa del Mar de Zuider hasta el río IJssel tenía un aspecto muy diferente al actual. Había vastos bosques donde habitaban ciervos, jabalíes, zorros e incluso lobos. Entre las grandes áreas boscosas, había aquí y allá tierras y campos de cultivo, donde se agrupaban algunas granjas para protegerse de los lobos hambrientos durante los duros inviernos. En una de estas granjas vivía un viejo granjero con su esposa. Solo tenían un hijo, y el viejo granjero esperaba que este ayudara a su envejecido padre en el trabajo y se hiciera cargo de la granja cuando él muriera. Pero el granjero y su esposa disfrutaban poco de su hijo, pues este despreciaba el trabajo agrícola y solo pensaba en vagar todo el día por los bosques cercanos y cazar animales salvajes. A veces pasaba días enteros en los bosques, donde se encontraba con todo tipo de rufianes con los que celebraba sus buenas capturas en la taberna del pueblo hasta altas horas de la noche. Luego regresaba al amanecer, dormía hasta tarde y volvía a salir para probar suerte en la caza.

El viejo granjero notaba que sus fuerzas lo abandonaban poco a poco. Por eso, un día llamó a su hijo y le rogó que cambiara de vida y se hiciera cargo del trabajo en la granja. Pero el joven se rió de él y respondió que tenía cosas mejores que hacer que cavar en la tierra día tras día. Las súplicas de su madre tampoco sirvieron de nada: el joven se adentraba en los bosques y siempre terminaba en la taberna del pueblo con sus compañeros salvajes.

Aunque su padre enfermó, el joven solo pasaba las noches en la granja para marcharse de nuevo por la mañana. Una vez más, el padre enfermo llamó a su hijo y le suplicó que dejara la caza por un tiempo y ayudara a él y a su madre. Sentía que no le quedaba mucho tiempo en este mundo. Pero el joven solo se encogió de hombros, silbó a sus perros y se dispuso a marcharse de nuevo.

- "Si no quieres quedarte ahora, ¡cazarás por toda la eternidad!",

dijo el granjero con sus últimas fuerzas. No se sabe si su hijo escuchó estas palabras, pero lo cierto es que salió a cazar y no volvió.

El viejo granjero murió poco después. Y como su esposa también era mayor y ya no podía mantener la granja, la vendió y se fue a vivir con unos parientes.

Tiempo después, el hijo regresó de la caza. Encontró la casa de sus padres fría y abandonada; ya no ardía fuego en el hogar; la casa había perdido su calidez, y la despensa estaba vacía. El viento frío aullaba alrededor de la casa y entraba por la chimenea. El joven llamó a su padre y murmuró el nombre de su madre. Pero solo el viento respondió.

Al joven no le quedó más remedio que seguir adelante con sus perros de caza y buscar refugio en otro lugar. Pero no tuvo suerte. Todos lo conocían, y nadie quería acoger a este huésped desagradable que había causado tanto dolor a sus padres. Todos lo conocían como el cazador salvaje.

"¡Vuelve al bosque! ¡Ve a cazar!", le gritaban.

Así se convirtió en cazador y presa al mismo tiempo, mientras el viento gélido del otoño silbaba entre las ramas y parecía decir

"¡Caza! ¡Caza!".

El viento del bosque se convirtió en huracán. Empujó al cazador por la espalda y lo arrastró consigo, cada vez más lejos. Al joven y a sus animales se les erizó el pelaje cuando el viento los atrapó y los elevó por encima de los árboles. La caza salvaje continuó por toda la región. Y entre el rugido, el cazador gritaba pidiendo misericordia.

Cada otoño, el cazador salvaje sobrevuela la región de Veluwe, mientras sus perros enloquecidos corren delante de él y los hombres lobo y los espíritus del bosque lo persiguen amenazantes. El aire de noviembre se llena de crujidos, rugidos y lamentos, y la gente no se atreve a salir de sus casas.

"¡Viene el cazador salvaje!", gritaban.

Cuando llega noviembre, el cazador salvaje trae tormentas, vientos fuertes y lluvias torrenciales. El viento aúlla alrededor de las casas, y entonces puede suceder que algo pesado caiga de las nubes sobre un tejado —o al menos así lo perciben las personas—, o que el espíritu maligno entre por la chimenea y el fuego del hogar se apague de repente.

Pero, inesperadamente, la tormenta también puede amainar. A la mañana siguiente, la gente ve los rastros de destrucción que ha dejado el cazador salvaje. Tal como su padre moribundo le gritó una vez:

"Si no quieres quedarte ahora, ¡cazarás por toda la eternidad!"

Esta maldición se renueva cada otoño.

Aportación de La Comunidad de Cristianos